

# AQUELARRE



## El mes del Rosario

### Sumario

Devolver el coruñesismo	1
Historias coruñesas	2
Los uniformes nazis de Hugo...	4
Corsica	5
Tras los pasos de la Reina (II)	6
De las calles coruñesas I	7
Templarios (III)	9
Participamos de la misma...	14

## Recuperar el coruñesismo

Lo dijimos muchas veces, aquellos cuatro años en los que subió la marea fueron, además de los más oscuros de la historia de la ciudad, letales para La Coruña. De hecho, ya lo habíamos advertido desde el mismo día en que tomaron posesión.

Y no solo nos referimos a la pésima gestión realizada por aquellos individuos. Paralización de obras y proyectos; alarmante deterioro de calles, plazas y jardines; suciedad por doquier; frenazo total del dinamismo de la ciudad; falta absoluta de campañas de promoción; no se volvieron a celebrar espectáculos de primer orden ni culturales ni deportivos y un largo etcétera que, con un poco que nos fijemos, podemos recordarlos sin mucho esfuerzo.

Además de todo esto, de por sí gravísimo, La Coruña ha ido perdiendo sus señas propias y más características como ciudad. Su estilo, su clase, su categoría.

Nos han convertido en una ciudad mediocre, tan mediocre como eran ellos, sin proyecto de futuro alguno.

Si a la falta total de limpieza e higiene; si al penoso alumbrado público que poseemos; si al lamentable estado de una buena parte del asfaltado de las calles; si a la ausencia total de iniciativas que no fuesen las relacionadas con el mundo de la bicicleta, sumamos unas fiestas de agosto penosas, carentes de estilo; la falta de apoyo a la Semana Santa por tratarse de actos religiosos; la potenciación nepótica de

sus amiguetes y correccionarios a la hora de celebrar actos de marcado matiz propagandístico; las maniobras para cargarse el San Juan; la supresión de las fiestas del Rosario; la miserable eliminación de la Función del Voto; la pérdida total de estilo a la hora de organizar cualquier acto en el Ayuntamiento, por citar tan solo algunos ejemplos, nos encontraremos con la radiografía de nuestra querida ciudad de La Coruña.

Es necesario, por tanto, recuperar el orgullo de ser coruñés; el estilo de ciudad en la que nadie es forastero; la elegancia innata en nuestras costumbres y tradiciones. Es decir, recuperar el coruñesismo para volver a convertirnos en ciudad líder del noroeste español.

## A la espera de noticias

Seguimos sin saber si se podrán reanudar las actividades de la Asociación de Meigas y, de poder hacerlo, en que fecha comenzarán.

Las expectativas nos son demasiado halagüeñas ya que, pese a las medidas restrictivas de libertad que se han

adoptado, las más duras de Europa, no parece que el problema tenga visos de una solución al menos a corto plazo.

Sabemos que la Junta Directiva de la Asociación de Meigas, que mantiene sus reuniones periódicas, sigue trabajando en varios posibles

escenarios de acuerdo con la evolución de la situación y que, en cuanto adopten alguna postura, nos lo harán saber.

Esperamos y deseamos que todo vuelva a la normalidad, la de siempre, cuanto antes y puedan reanudar la actividad.



En la madrugada del día 13 de noviembre de 1928, se produjo un gran incendio que afectó a la fábrica de muebles de Cervigón, sita en la calle del Socorro, así como al asilo Municipal y a otras casas colindantes. La fábrica de muebles Cervigón, que databa de 1860, era uno de los establecimientos más antiguos de la ciudad. Fundado por Eduardo Cervigón Aldao, pasó luego a manos del señor Cervigón Carrera, para con posterioridad ser dirigida por sus hijos Ricardo y Emilio Cervigón Guerra. La fábrica se hallaba dividida en varias secciones, ocupando los solares numerados del 14 al 28 de dicha calle, completando casa una manzana dando la parte posterior a la playa del Orzán, sirviendo como un fuerte rompeolas del mar embravecido del atlántico. Los hermanos Cervigón, tenían alquilados el primer y segundo piso de las casas nº 14 y 16 al Ayuntamiento, pues eran contiguas al Asilo de la Caridad, y allí estaban dispuestos los dormitorios de ancianos y niños. Los depósitos de maderas se hallaban situados en los bajos de las referidas casas 14 y 16, así como en los sótanos de las marcas con el numeral 24, 26 y 28. Había gran cantidad de pino tea, de Holanda, roble, nogal y caoba, almacenado.

Al principio no pudieron determinarse las causas del voraz incendio. Uno de los dueños, Emilio Cervigón, abandonó la fábrica a la noche del lunes 12, sin advertir ninguna anomalía. A eso de las dos y media de la madrugada del 13, un carpintero de la fábrica,

Leopoldo Carballo, que vivía en uno de los segundos pisos, se levantó sobre la referida hora, a beber agua y vio un gran resplandor rojo. Alarmado miró hacia el tejado y pudo comprobar que en los talleres de Cervigón había un fuego intenso que corría hacia el Asilo. Carballo pudo despertar a los centenares de asilados, que gracias al orden que empleó en la evacuación la Superiora, Sor Rosenda Muñagorri, fueron trasladados, sanos y salvos, a las escuelas gratuitas de la calle Cancela, regidas también por las Hermanas de la Caridad, al Hospital y al Hospitalillo, donde pasaron el resto de la noche.

Quedaron calcinadas por las llamas las casas del 14 y 24, ambas inclusive, donde se hallaban además de los almacenes y pisos descritos, las oficinas, la sala de barnizado, ferretería, taller de carpintería y almacén de muebles ya confeccionados. De los dormitorios del asilo se quemaron camas, jergones, colchones y muchas sábanas. Tan solo pudieron salvarse una caja de caudales, que se hallaba en el escritorio de la fábrica, así como tres vehículos que se encontraban aparcados en uno de los almacenes.

Un aljibe del Cuerpo de Bomberos llegó al lugar del siniestro y tomó durante toda la extinción del enorme incendio, abundante agua del lavadero próximo del Orzán, tras empalmar diferentes mangueras. Igualmente, en la calle de Cordeleira, se situó un moderno aparato de succión, movido a motor, dotado de una larguísima manguera de

gran diámetro, que recorrió unos cuantos metros, entre calle y calle, tomando el agua de un registro público, que permitió el fluido constante de agua para las complicadas labores de lucha contra el fuego.

En el momento del incendio, los operarios de Cervigón trabajaban en la construcción de ochocientas puertas y ventanas destinadas a la sede del nuevo Palacio de Justicia, que se hallaba en construcción en la Plaza de Galicia. También fueron pasto de las llamas numerosos muebles, ya terminados, que iban a ser enviados a diferentes lugares de España.

Los daños fueron muy elevados, puesto que tan solo una máquina automática de afilar, tenía un coste de 40.000 pesetas. Otras máquinas dañadas, así como la instalación eléctrica y las maderas almacenadas y muebles, completamente quemados, podían rondar las 600.000 pesetas de pérdida.

Una vez sofocado el enorme incendio, Guardias de Seguridad detuvieron a dos individuos que fueron sorprendidos sustrayendo material de la fábrica incendiada. En el momento de su detención llevaban encima numerosas limas, gumiás, escoplos y cepillos.

El juez Infante se encargó de instruir el sumario, a fin de esclarecer las causas del mismo, comprobando, con casi seguridad, que el incendio se inició en la sala de máquinas, debido, posiblemente a un chispazo, de un cable eléctrico.

**Carlos Fernández Barallobre**



**Fábrica de muebles de Cervigón**



La foto, extraída de nuestro “baúl de recuerdos”, está tomada en la mañana del 23 de junio de 2009, en la calle Real, durante el desfile de la Comitiva de las Meigas, presidida por la Meiga Mayor de aquel año, Jennifer Bermúdez Fernández, que aparece en la fotografía, luciendo la tradicional Mantilla Española.

Esta comitiva matinal, tiene su origen en la mañana del 23 de junio de 1983, cuando, partiendo de la plaza del Maestro Mateo, se dirigió, encabezada por la Meiga Mayor de aquel año, Pilar Amador Pardo, a la iglesia de San Francisco donde se celebró la Ofrenda a San Juan.

Aquel primer año, las Meigas vistieron en este acto el Traje Regional de Galicia, siendo la primera vez que se incluía esta prenda en la etiqueta oficial de las Meigas; sin embargo, a partir del año siguiente, se estableció la Mantilla Española como prenda tradicional para la asistencia a los actos religiosos organizados por la Comisión Promotora de las Hogueras de San Juan.

Desde el primer momento, se trató de que esta comitiva festiva fuese lo más vistosa y colorista posible, de ahí que, además de contar con el concurso de Bandas de Música, incluso durante algunos años de la comparsa de Gigantes y Cabezudos, en todas ellas han venido

participando todos los elementos integrantes de la Guardia de Honor de las Meigas.

La estructura de esta comitiva ha sufrido, a lo largo de los años, algunas modificaciones de interés. De hecho, como queda dicho, en algunas ocasiones la abrió la comparsa de Gigantes y Cabezudos de la Comisión, a la que seguía la Banda de Música y la formación de las Meigas. Incluso, en alguna ocasión, una segunda Banda de Música se encargaba de cerrar el desfile.

Finalmente, se decidió reglar su composición, estableciendo que, tras la Banda de Música que abre la comitiva, desfile el Capitán de la Guardia de Honor de las Meigas, seguido de la Dama de San Juan. Tras ella, los Heraldillos azules, rojos y amarillos que preceden a las dos parejas de Heraldos amarillos y a la de verdes.

Le siguen las Meigas de Honor Infantiles, en dos líneas de cuatro y al lado de cada una de ellas, dos Alabarderos de la Guardia de Honor. Tras ellas, la Meiga Mayor Infantil, escoltada por los Heraldillos verdes.

Seguidamente, las Meigas de Honor, también en dos líneas de cuatro y a cada lado, dos Alabarderos de la Guardia.

Finalmente, los dos Heraldos azules que preceden a la pareja de

Heraldos grana, portando la arqueta con las astillas y maderos que se van a bendecir; la Meiga Mayor, escoltada por los dos Corchetes de la Guardia y, cerrando la comitiva, dos Adjuntas de Organización.

La etiqueta para esta comitiva, que participa en las ofrendas y homenajes de la mañana de la Víspera de San Juan (23 de junio) -Homenaje al Rey Alfonso IX; Homenaje al Brigadier Diego del Barco; Encendido del Fuego de San Juan y Bendición de maderos y Salve a Nuestra Señora del Rosario-, determina que la Meiga Mayor Infantil y las Meigas de Honor Infantiles, vestirán el Traje Regional de Galicia, con cofia o mantilla, luciendo las Bandas acreditativas; en tanto que la Meiga Mayor y las Meigas de Honor, visten la tradicional Mantilla Española, luciendo sus Bandas acreditativas y la Medalla distintiva de su cargo.

En la fotografía que ilustra estos comentarios, se observa a la pareja de Heraldos grana, portando la arqueta en la que se guardan las astillas y maderos procedentes del programa “San Juan universal”, remitidos desde diferentes partes del mundo.

Durante los años en los que los sectarios de la marea ocuparon el Ayuntamiento, prohibieron, expresamente, el paso de esta comitiva por la plaza de María Pita.

Fue en 1931 que Alemania vivía asolada por las duras condiciones impuestas por los Aliados, ya que "oficialmente" había iniciado la Primera Guerra Mundial. El país estaba en quiebra, en gran medida por la cuantiosa cantidad de impuestos que debía pagar a la parte ganadora (lo que se conoce como "reparaciones de guerra"), esto junto con la grave crisis económica de 1929, sumiría a Alemania en el más puro ostracismo.

En ese momento, el joven Adolf Hitler se había hecho cargo del cargo del Partido Nazi y su discurso comenzó a convencer a muchos alemanes. Una de las personas a las que persuadió sin duda, fue a Hugo Boss. «En abril de 1931, cuando Hitler aún no había llegado al poder, Boss, que entonces tenía 46 años, decidió unirse al Partido Nazi. Su número de afiliado sería el 508.889» El carné de afiliado certifica que sus lazos con el nazismo no fueron meramente circunstanciales. Al contrario le sirvieron para hacer contactos e influencia en una formación política con visos de éxito.

El tiempo le dio la razón y así en 1933, dos años después de iniciar su propia andadura en la empresa textil, y luego de experimentar muchos desastres económicos, Hugo Boss decidió que su futuro sería proporcionar indumentaria a un grupo de élite que Hitler había creado para protegerse a sí mismo llamado las "Waffen SS", a las "SA" una organización paramilitar

del Partido Nacionalsocialista, y a las "Juventudes Hitlerianas".

En el mismo año, su cuenta de resultados comenzó a crecer como la espuma. Hugo Boss publicó un anuncio en un periódico local con el siguiente contenido: **«Uniformes de las SS, las SA y las HJ. Ropa de trabajo, de deporte y de lluvia. La hacemos nosotros mismos, con calidad buena y reconocida y a buenos precios. Boss. Ropa mecánica y de trabajo, en Metzingen. Firma homologada por las SA y las SS. Uniformes con la licencia del Reich»**. Su futuro estaba decidido.

Desde ese momento, los pedidos del minúsculo taller de Metzingen se multiplicaron. Por supuesto, Boss no había ignorado el hecho de que había un total de 3,5 millones de uniformes, entre los miembros de las SS, SA y las Juventudes Hitlerianas, que debían ser confeccionados por alguien, por lo que años después, en 1935, Boss decidió abandonar la confección de ropa civil y se dedicó exclusivamente a la confección de uniformes.

Hugo Boss no se equivocó al pensar que había que abordar la diversidad del vestuario del Tercer Reich. Por ejemplo, un vestuario militar típico alemán podía tener hasta ocho uniformes diferentes: uniformes de campo, uniformes de servicio o diario, el de guardias, el de desfiles, el de paseo, el de trabajo, el deportivo y el de sociedad,

este último solo para los oficiales.

La guerra expandió el mercado del modisto, que ahora recibía multitud de nuevos pedidos, algunos de los cuales incluso provenían de la Wehrmacht (el grueso de las fuerzas navales, terrestres y aéreas). El taller de Metzingen también recibió pedidos la Sección de Vestuario del Estado Mayor, perteneciente a la Oficina de Asuntos Generales del Ejército.

Hugo Boss en ese momento era un rico hombre de negocios y sus productos eran ampliamente conocidos en toda Alemania. La pequeña fábrica de Metzingen se convirtió así en la segunda empresa textil más grande de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial.

El secreto llevaba medio siglo oculto en un archivador de Zurich, era un mero apunte en un libro de contabilidad, una numeración que identificaba la cuenta bancaria abierta por un ciudadano alemán durante la II Guerra Mundial, era uno de los muchos ciudadanos germanos que salvaguardaron sus ahorros en los bancos suizos mientras duró el conflicto.

En 1997, cincuenta y dos años después de acabar la contienda una investigación promovida por el gobierno suizo sacó a la luz el nombre de Hugo Boss, y el de otros muchos compatriotas que buscaron cobijo en la opacidad del estado Helvético.

M<sup>a</sup> Jesús Herrero García



Distintos modelos de la uniformidad del III Reich, confeccionada por Hugo Boss

Con los tiempos que corren, con la incerteza, las preguntas sin respuesta, la vida más que nunca es pura incertidumbre. Y no nos confundamos, antes también lo era. Lo que hoy estaba, mañana podía no estar, pero se trataba de cosas secundarias. Sin embargo, esta vez se ha acercado demasiado a lo esencial, se han perdido (temporalmente) ciertas cosas que ni me planteaba que pudiesen faltar.

Ahora que el otoño va llegando, las hojas poco a poco se van tiñendo de marrón y se desprenden de las ramas. Perezosas, acaban en un suelo a veces húmedo, a veces brillante por el sol. De vez en cuando hace calor a este lado del mundo, y se parece a los días de verano en los que no sabía cómo iban los recuentos de casos o cuántos rebrotes se habían dado esa semana. Mirando por la ventana me acuerdo de Córcega y su cielo azul, surcado por aviones, y de su mar.

Acompañé a una amiga a ver a su padre, que veranea allí con su mujer. Nos dejaron un Fiat Punto azul para poder movernos con independencia. Hoy en día no solo me pregunto cómo pasó la ITV, sino cómo podía seguir sobre las cuatro ruedas. Le pusimos de nombre Gustavo, para poder quejarnos de él cuando nos dejaba tiradas en alguna de las numerosas cuevas que había en la isla.

Entre aviones y tomas de temperatura, llegamos a una casa de piedras grandes y porches frescos, llena de buganvillas y una piscina para los mediodías calurosos. Estaba en Coti Chiavari, en la costa frente a Ajaccio, la ciudad natal de Napoleón Bonaparte. Allí me enseñaron que este hombre no fue matón por pequeño, sino por corso.

La isla es muy montañosa, hay incluso unos picos con pistas de esquí que funcionan cada invierno. Debido a su enclave geográfico, por la isla han pasado multitud de pueblos que trataban de someter a los corsos. Ante esta situación, los corsos estaban muy acostumbrados a subir a la montaña cuando sonaba la alarma para protegerse. En el siglo XVI, los genoveses construyeron torres por toda la costa para protegerla de los invasores, las cua-

les se mantienen en pie hoy en día. De hecho, la torre que tuve la suerte de visitar fue testigo de cómo los nazis transformaron el suelo alrededor de su base en un auténtico bunker.

Los corsos son, por decirlo de alguna forma, los más "desapegados" a Francia. No importan nada más que lo esencial, porque todo lo que pueden producir ellos, no lo quieren de otro lugar. Y esto se puede aplicar tanto a comida como a servicios. Me contaron que tenían la costumbre de explotar las casas residenciales de todo aquel que no se comportase como es debido. Lo ilustro con un ejemplo. Una familia de París con una segunda residencia digna de revista de decoración se quiere construir una piscina, y en lugar de contratar a obreros corsos, le encarga el proyecto a una empresa italiana que trae todo (materiales, mano de obra, etc) de Cerdeña. Lo que ocurrió fue que la piscina saltó por los aires nada más estuvo acabada. Cabe destacar que las mafias corsas tenían el detalle de no hacer daño a ninguna persona con sus juguetes, solo querían provocar daños materiales. Hoy en día estas mafias ya fueron desarticuladas, pero quien conoce la isla de verdad, quien se mueve entre corsos, conoce perfectamente a los antiguos integrantes de estos grupos.

Los pueblos de la costa son amplios y turísticos, centrados en dar servicios a los veraneantes. Sin embargo, los pueblos de la montaña son muy distintos.

Un día hicimos una excursión en la que descubrimos la Córcega más natural y salvaje, aquella que los turistas no suelen ir a conocer. Visitamos Piana y sus calanques, que es Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO desde 1983. Se trata de unas formaciones rocosas que parecen cortadas a hachazos, formando una especie de valle alrededor de la carretera y que acaba en el mar. Desde esta carretera no se puede acceder directamente a la costa, pero casi nunca la pierdes de vista. Al pasar este lugar, nos desviamos cara el interior, donde los pueblos colgaban de las montañas, medio escondidos entre los bosques secos

y terrosos.

En el sur de Francia se juega mucho a la petanca, y allí me enseñaron (o al menos lo intentaron). Desde el campo donde jugábamos, al lado de casa, podías bajar caminando a la playa. El tramo final era de tierra oscura, rodeada de árboles de flores blancas y rosas, que se abría a unas escaleras de cemento entre las rocas. Grandes, enormes, limadas por el mar, estaban cubiertas por dos o tres toallas de los pocos que íbamos por allí, y cerca estaban los barcos amarrados. A lo lejos, sobre las colinas verdes bailaba la sombra de la única nube que debía haber en kilómetros a la redonda, y una gaviota dormía sobre la roca a la que siempre llegábamos con el kayak.

Fueron días de rosé, mucha verdura y aquella cerveza corsa con esencia de castaña. Atardeceres naranjas y cielos lilas, el mar de un azul intenso y charlas junto a las olas. Recuerdo hablar con mi amiga y su padre largo y tendido, de estas conversaciones en las que arreglas el mundo, idealistas por definición y fieles a sus convicciones. Los aeropuertos estaban repletos, pero cada uno iba más a lo suyo que de costumbre. Volver a casa fue volver a la realidad del momento, a las comparecencias de Fernando Simón y al ruido de los medios de comunicación. La calma de las olas se convirtió en la rutina habitual, pero esta ya no era la misma. Ahora tenía un sabor un poco más dulce, menos estresante, que todavía persiste hoy, entre apuntes y clases online.

**María García Nieto,  
Meiga Mayor 2018**



**Atardecer en Córcega**

En nuestra segunda etapa tras los pasos de la Reina Doña Isabel I de Castilla, recalamos en el hermosa ciudad que la vio crecer y pasear por sus calles: Arévalo.

Enclavada en la provincia de Avila, es conocida tanto por su historia, sus monumentos y su gastronomía.

Nos alojamos en uno de los magníficos establecimientos de la red de "Posadas Reales" que abren sus puertas en Castilla-León y ahí establecimos nuestro cuartel general.

La ciudad, que todavía conserva restos de su otrora gruesa muralla construida entre los siglos XII y XIII, vio transitar por sus calles a la entonces joven Infanta Dña. Isabel quien, en unión de su madre y su hermano Alfonso, residieron en el Palacio Real construido en el siglo XIV y que, lamentablemente, ya no existe en la actualidad.

Un paseo por las calles de Arévalo nos trasladan, especialmente en su parte más antigua, a aquellos años del final de la Edad Media donde la Reina vivió su infancia.

En lo que a la arquitectura se refiere, la ciudad posee en sus monumentos, especialmente en los religiosos, el estilo mudéjar como denominador común, el estilo "de los que se quedaron" del que ya hemos hablado a la hora de referirnos a Madrigal de las Altas Torres.

Dentro de sus monumentos religiosos más destacados, sobresalen la iglesia de Santa María, la de

San Miguel, la de San Juan, el Salvador y San Martín por citar algunas de ellas.

En el interior de estos recintos religiosos, se conservan obras de incalculable valor. Imágenes y retablos en muy buen estado de conservación.

Ciudad de calles limpias y cuidadas, llama la atención que las paredes de sus edificios están immaculadas y las rúas presentan una pulcritud envidiable.

Arévalo es ciudad de hermosas plazas, destacando la de la Villa, claramente medieval, de gran extensión y en la que, habitualmente, se celebran espectáculos al aire libre en las noches veraniegas arevalenses.

Otras dos plazas de interés son la del Real donde estuvo ubicado el Palacio Real en el que vivió la Reina Católica en su infancia.

Una vez rebasado el hermoso arco de Alcocer, nos topamos con la espaciosa plaza del Arrabal, fuera ya del viejo recinto amurallado, con un pujante comercio y con muy buenos establecimientos hosteleros.

Arévalo, es también ciudad de museos, contando con uno de Historia; otro dedicado al cereal; dada su importancia en esta zona; el del Mudéjar y otro de interpretación de la naturaleza de la zona.

El dinamismo de esta ciudad se muestra en un proyecto sobre el que se está trabajando en la actualidad "Collegium", una institución que pronto se convertirá en un auténtico motor cultural y de atracción turística para la ciudad.

Por supuesto, entre las calles recogidas y silentes de esta vieja ciudad, de nobles y entrañables gentes, se alzan palacios de noble estirpe como los de los Sedeño, los Ballesteros o los Río Ungría, de los dos últimos tan solo se conservan parte de sus fachadas.

Algo que no pasa inadvertido para nadie, incluso para los que tan solo visionan Arévalo desde la A-6, es su impresionante castillo del siglo XV que, durante algunos años sirvió de prisión. De este castillo fue Alcaide el padre de Beatriz de Bobadilla, la mejor amiga de la Reina.

Arévalo, la ciudad de los cinco linajes –los Briceño, los Montalvo, los Verdugo, los Sedeño y los Tapia-, cada uno de ellos adscrito a un templo y que administraron la ciudad cuya etimología procede de su proximidad con la zona ocupada por los Arévacos, pueblo celtíbero que ocupó esta zona.

Pero si la riqueza arquitectónica y artística de esta vieja y hermosa ciudad es de notable relevancia, no podemos pasar por alto la riqueza de su gastronomía, especialmente sus carnes que se pueden degustar en cualquiera de los magníficos restaurantes que abren sus puertas en la ciudad.

Y así despedimos "la mi villa de Arévalo" como le gustaba llamarla a la Reina Doña Isabel, la más grande Reina que tuvo España, y concluimos estas dos etapas tras sus reales pasos que tendrán su continuación si Dios quiere.

**Eugenio Fernández Barallobre**



No tiene la ciudad de La Coruña una imagen distintiva de las placas normativas que señalan el callejero. Sin lugar a dudas distinguimos qué ciudad es al ver las placas de París, Nueva York o Londres, e incluso la villa de Madrid que, aunque ha cambiado algo últimamente, mantiene una idea de diseño que la hace muy reconocible; caso aparte es la zona antigua, el llamado Madrid de los Austrias, en que unas bellas placas hechas de azulejos muestran una imagen relacionada con el nombre del lugar, idea del que fue su alcalde Carlos Arias Navarro, y que también se han convertido en un clásico que identifican inmediatamente a la capital de España.

Pocas piezas antiguas quedan en las fachadas de las casas coruñesas mostrando el nombre de la vía. Nunca fueron muy abundantes, pues no existían en todas las esquinas haciendo difícil encontrar una dirección a los no habituales del lugar. Eran cuadradas, de cerámica esmaltada en color blanco con letras en negro las más antiguas, siendo posteriormente de metal esmaltado en color azul y letras en blanco y de forma rectangular. Ese color azul oscuro se ha mantenido hasta la actualidad salvo un período en que eran de forma cuadrada y color verde con letras en blanco, teniendo en el ángulo superior izquierdo el escudo de la ciudad. Muy pocas que-

dan de ese período.

Caso aparte eran las colocadas de forma solemne con asistencia de autoridades y descubrimiento oficial en que solían ser de piedra, bien con letras de bronce, bien con letras grabadas, y con el escudo en bronce. También las calles de la Ciudad Vieja se rotularon con placas de piedra y nomenclatura grabada y pintura en su fondo que, con el paso de los años y la desidia municipal apenas son legibles al perder la pintura que tenían en su interior.

En los últimos años se han usado dos modelos principalmente, pero con la característica de mantener el color azul oscuro y letras en blanco con el escudo de la ciudad y aunque todas son rectangulares unas son más alargadas que otras, teniendo las más pequeñas las esquinas redondeadas. También empezó a usarse la denominación calle/rúa, aunque en la época del gobierno de la marea atlántica sólo se empleó el término en gallego.

Pero quizás debido a la informatización que requiere simplificar las cosas, últimamente han desaparecido los adverbios y artículos tradicionales en la denominación de las vías herculinas. Ya no es la calle de Corderería, sino calle Corderería, o avenida de Hércules sino avenida Hércules, o calle de la Torre (no hacía falta añadir

más, pues se sobreentendía a cuál se refería), sino calle La Torre. Creo que esto es ir contra la denominación tradicional, produciendo además irracionalidades.

Dos casos como ejemplo. Paralela a San Andrés y al Orzán está la calle del Vista (supongo que denominada así por lo del vista de Aduanas). Pero ahora es simplemente la calle Vista, como si desde allí se vieran alguna vista, que no se ve, pues es una calle estrecha y sin grandes perspectivas. Otra cosa son las calles de Buenavista, en Los Castros; la calle de Bellavista, en el Agra del Orzán, y la calle de Vista Alegre en Santa Margarita. Aunque ahora apenas tengan vistas, sólo sobre sí mismas, se supone que en el pasado, antes de tanta edificación, hacían honor a su nombre.

Y en el barrio del Montañón la calle de la Cerca, que denota que por allí habría un cercado, se ha convertido en la calle Cerca. Dan ganas de buscar por los alrededores la calle. Lejos, que desde luego no existe, pero si hay la travesía Cerca que está allí cerca.

Desde luego conviene recuperar la denominación tradicional de las calles y plazas coruñesas con todos sus matices que, como vemos, son importantes y que una burda idea de simplificación nos han arrebatado.

J.V.E.



¡Ahí vienen! Los gritos se suceden y el nerviosismo de la chiquillería se desborda. A lo lejos, con un ritmo acompasado, cadencioso, las figuras hieráticas de los Gigantes, el Rey y la Reina, preceden a la algarabía de los Cabezudos que corren por doquier con sus vejigas en ristre, golpeando a cuantos niños se cruzan en su camino.

“Ollo Vivo”, “Mata la Fiera”, singulares nombres dados por los chiquillos a alguno de los Cabezudos que recorrian las calles coruñesas en aquellas Fiestas de María Pita de los años 60, formando comparsa colorista que se enseñoreaba de rúas y plazas de la ciudad con la llegada de agosto.

Tal vez la primera salida oficial de la temporada fuese el primer domingo de agosto, cuando se celebraba la solemne Función del Voto, encabezando la comitiva en la que la Corporación Municipal, bajo mazas, se trasladaba a la Iglesia de San Jorge, primero, y a la de los Dominicos, años después, para renovar el Voto que la ciudad hiciera a Nuestra Señora del Rosario, allá por 1589. Esa comitiva la abrían los Gigantes y tras ellos los Cabezudos, desfilando detrás la Guardia Municipal en uniforme de gala y de gran gala, así como los Maceros, Heraldos, Timbaleros y Clarineros de la Ciudad con sus vistosos trajes de época que todavía perviven en el presente.

Después, fecha tras fecha, los Cabezudos concurrían a su cita con los distintos barrios coruñeses llenándolos de inusitada alegría y haciendo que la chavalería se di-

virtiese de lo lindo entre gritos, carreras y risas.

Junto a estos elementos consustanciales a las Fiestas, otro, mucho menos conocido, concitó durante algunos años la atención e interés de los chiquillos, se trataba del “Traganiños”, un simpático pirata de cartón piedra que inspiraba, a muchos niños, todo tipo de terrores y que literalmente se tragaba a los chavales por su enorme boca abierta y los devolvía por... salva sea la parte. Era curioso verlo trasladar de un lugar a otro, sobre un carrito y arrastrado por un vehículo municipal con sus fauces abiertas de par en par, siempre dispuesto a tragarse al niño que osase asomarse a su boca.

Lo cierto es que, con el paso del tiempo, primero fue el “Traganiños” y más tarde los viejos Gigantes -al parecer por ser muy pesados- y finalmente los Cabezudos los que pasaron a ocupar un puesto, sin duda no destacado, en cualquier trastero o almacén municipal para que el tiempo y la desidia se encargase de su total destrucción. De esta forma, durante muchos años, las calles de La Coruña, dejaron de ver el alegre y bullicioso discurrir de estos simpáticos personajes, idolatrados en otras partes de España.

Al parecer, en tiempos del Alcalde Molina, existió el proyecto, o tal vez la tentación, de confeccionar una Comparsa de Cabezudos con personalidad propia en la ciudad. Se trataba, al igual que en Zaragoza, de recrear en cartón piedra los rostros caricaturizados de alguno de los muchos personajes singulares

que habitaban La Coruña. De esta suerte, tipos tan característicos por aquellos entonces como “Manolita la del Relleno”, “Marcelino el del Cantón”, el “Negrito de las Corbatas” o “Liló”, inspirarían los rostros de nuestros Cabezudos, pasando a la posteridad de forma tangible y no solo como parte del imaginario popular como se conservan en la actualidad, cada vez de forma más difuminada.

Hay quien dice que aquella idea no prosperó ya que algunos de los presuntos modelos trataron de exigir derechos de imagen por permitir realizar copias, más o menos aproximadas, de su rostro para ser moldeadas en cartón.

Cierto o no, la realidad es que durante años, La Coruña, se vio privada de sus Gigantes y Cabezudos, unos personajes que retornaron, como los conocemos en la actualidad, en el año 1974 en que el Ayuntamiento, presidido por Jaime Hervada, decidió su compra.

Hoy, con el profundo cambio social experimentado, tal vez la presencia de los Gigantes y Cabezudos no provoque, siquiera en los más pequeños, las mismas sensaciones de antaño, sin embargo, su alegre y bullanguero discurrir por calles y plazas todavía nos devuelve el recuerdo, a modo de foto en sepia, de una Marineda íntima y amable en la que la mayoría nos conocíamos por nuestro nombre de pila.

**Mauricio A. Rivera**





También hoy es una fecha señalada: 14 de septiembre del 628, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, día en el que el emperador Heraclio reintrodujo la Cruz de Cristo en la ciudad de Jerusalén, después de que fuera robada por los Persas. Era la solemnidad más grande en el calendario templario.

La Orden del Temple, una vez aprobada por la Iglesia y avalada nada menos que por San Bernardo de Claraval, comenzó inmediatamente a crecer con nuevos miembros de la nobleza europea, principalmente francesa. A la par de esto, comenzaron un sinfín de donaciones de todo tipo en suelo europeo: tierras, caseríos, monturas, armaduras... todo el mundo quería participar en la lucha de la Tierra Santa, y la mejor forma era apoyar a los que allí luchaban. Poco a poco, lo que era un grupo de caballeros entusiastas, pasó a ser un pequeño ejército, dependiente directamente del Papa y a disposición de la cristiandad en Tierra Santa.

A nivel interno, la vida del templario en Tierra Santa era una mezcla de oración y preparación, así como unos monjes rezaban y trabajaban, los templarios rezaban y se entrenaban: el uso de las armas y su cuidado, cuidar de sus monturas, acudir a las tareas de policía o al combate cuando eran requeridos... Si estaban en calma acudían a las oraciones como un monje más; de no ser así, sustituían las oraciones regladas de cada día por Padrenuestros que podían rezar en cualquier momen-

to.

Estaban sujetos a los tres votos tradicionales, celibato obligatorio, obediencia ciega al mando y pobreza absoluta, sus únicas posesiones eran el material militar: armas y cabalgadura. A estos tres votos añadieron el de defender al Papa.

Los caballeros medievales que no pertenecían a órdenes militares, aunque pareciera otra cosa, tenían a gala adornar la armadura, el escudo, la silla de montar, etc., incluso se arreglaban el pelo, su ropa y las calzas que usaban... Un templario no tenía nada de eso permitido, incluso se les recomendaba raparse el pelo, no solo por estética sino por higiene. Tan solo la barba estaba permitida, pero sin cuidados de ningún tipo.

El manto blanco era la vestimenta de los caballeros y solo de ellos, los sargentos llevaban manto marrón o negro con la cruz delante y detrás en rojo. Dicha cruz templaria, roja, griega y más ancha en los extremos (cruz patée) sobre el pecho del manto, fue concedida por el papa Eugenio III, el 24 de abril de 1147. Los templarios debían llevarla siempre sobre el hábito. Un cruzado normal se la quitaba al terminar su peregrinación, pero un templario siempre estaba de cruzada.

En cuanto al armamento, llegada la hora del combate, un miembro de la orden podía soportar hasta ochenta kilos de peso entre el casco, la cota de malla, protección de brazos, piernas y pies metálicos,

espada, lanza y maza turca, daga y cuchillo... Es lógico que, sin un entrenamiento básico y continuado, nadie soportaba las duras marchas o las cargas de caballería con semejante atuendo. Es más, cuando herían a su cabalgadura o caían de ella, el caballero mal entrenado quedaba inerte por la tremenda dificultad de levantarse o moverse en el suelo.

Sin embargo, este punto débil también era su mayor virtud: la carga de caballería fue imparable durante siglos. Y, si a eso añadimos la disciplina de los templarios, el moverse todos a una, obedecer la orden de repliegue o de aguante, el acudir siempre a la llamada del pendón o el de otra orden si el suyo caía, entendemos por qué se convirtieron en un cuerpo de élite dentro del ejército cruzado, así reconocido en más de una ocasión. En varias batallas ellos evitaron auténticos desastres en las filas cruzadas o salvaron la vida de nobles y reyes en plena refriega, lo que agrandó más todavía su fama. Cómo sería que, ni el mismo Saladino que, muy a menudo, perdonaba la vida de sus enemigos vencidos, nunca lo hacía con un templario.

Cierto es que, a la par que su fiereza, su número, su fama y su riqueza..., fue creciendo su orgullo, siendo refrán propio de sus tiempos la soberbia templaria o el beber como un templario, por ejemplo.

**Carlos López Jadraque**



Como siempre, a principios de octubre, se celebran -últimamente con más pena que gloria- las Fiestas de la Ciudad Vieja, las fiestas patronales de Marineda. Cuatro días que suelen pasar inadvertidos para la mayoría de los coruñeses, incluso para los residentes en la Ciudad Vieja, ya que ni siquiera se colocan arcos de luz en sus calles y casi no se sufren las ruidosas atracciones de feria ubicadas en la Plaza de la Constitución por falta de público que las haga funcionar.

Sin entrar a valorar la impronta de estos festejos que no es función de quien esto escribe, sí me devuelven a la memoria, estas fechas, los recuerdos de aquellas otras fiestas del Rosario que yo conocí en los años de mi juventud.

Las fiestas del Rosario presagiaban para algunos de nosotros, al menos para los que tuvimos la suerte de estudiar en el Colegio de los Dominicos, el principio de lo inevitable: la vuelta a las clases y con ello el final de las vacaciones veraniegas. Así, el día 8 de octubre, representaba esa fecha en la que volvíamos a reencontrarnos con los compañeros de siempre.

Atrás quedaban las Fiestas del Rosario que se antojaban como la puerta de entrada a un nuevo otoño pletórico de expectativas. Unas fiestas que una buena parte de la ciudad vivía intensamente festejando a la Patrona y dejando que las calles y plazas de la Ciudad Vieja, engalanadas con multitud de luces multicolores, los envolviesen con el sabor intimista que posee cada rincón de esa parte tan entrañable de Marineda.

Durante unos días, la tranquilidad y quietud de la parte alta coruñesa se veía alegremente truncada por aquellas celebraciones. Dianas y pasacalles con grupos de Gaitas rivalizaban, en horario matinal, con la algarabía de las atracciones de feria mientras que los nocturnos, apacibles todavía, se embriagaban con el sonido de las canciones de moda que se interpretaban en las distintas verbenas que se celebraban a lo largo de los días.

Además de la Plaza de Azcárraga, la calle Capitán Troncoso, la de Cortaduría, la de Herrerías y la de Tinajas eran testigos de la celebración de simultaneas verbenas que animaban el cotarro nocturno y a las que acudían numerosos coruñeses para deslizar en el ritmo de las canciones en boga en aquel momento.

Por supuesto se elegía a la Reina de las Fiestas -una tradición que malvive, supongo que por la desidia de los más- que presidía la mayoría de los actos festivos incluida la tradicional ofrenda a Nuestra Señora del Rosario, en la mañana del día 7, a la que acudía -tampoco lo hace hoy- la Corporación Municipal bajo mazas con Guardia Municipal de gran gala, Heraldos, Maceros, Timbaleros y Clarineros, incluidos, en vistosa comitiva que recorría las principales vías de la Ciudad Vieja hasta llegar a la iglesia de Santo Domingo.

Por la tarde de ese mismo día, la imagen de la Virgen procesionaba hasta alcanzar la Pescadería. Representaciones civiles, militares y religiosas, además de un Piquete de Honores de la Guarnición con

Escuadra de Gastadores, que daba escolta a la Virgen, Banda y Música, acompañaban a la imagen en su discurrir ante el numeroso público que se congregaba para ver pasar a la Patrona.

Ya por la noche, en la zona del Castillo de San Antón, tenía lugar una especie de espectáculo pirotécnico que recibía el nombre de "Toro de fuego". Hacia las once de la noche, ante un numeroso grupo de jóvenes, se hacía correr la cabeza de un toro de cartón piedra, conducido por un hombre, que soltaba a su paso profusión de artificios pirotécnicos en su persecución a la chiquillería allí presente. Se trataba de un espectáculo no exento de cierta notoriedad por cuanto constituía un número tradicional en las fiestas y cuyo recuerdo ha quedado ya diluido para la mayoría de los coruñeses.

Durante los días de fiesta y muy especialmente el día de la Patrona era costumbre -hoy creo que no se instalan- degustar el tradicional pulpo "a feira" en los puestos y casetas que se instalaban en la Plaza de Azcárraga y que se veían notablemente concurridos por aquellas fechas.

Hoy todo eso queda atrás. Las fiestas de Rosario pasan sin pena ni gloria, languidiendo en una sociedad a la que ya no le atraen las verbenas ni los toros de fuego. Tal vez, como tantas cosas, aquellas fiestas patronales fuesen el fiel reflejo de una entrañable Marineda que se ha ido perdiendo en la nebulosa de los tiempos.

E.F.B.





La fotografía que ilustra estos comentarios, está tomada, con total probabilidad, el domingo 4 de agosto de 1963, con motivo de la celebración de la tradicional Función del Voto que, por aquellos años, se celebraba en la iglesia de San Jorge.

La instantánea, recoge en el momento en que, una vez renovado el Voto de la ciudad ante la imagen de su Patrona, Nuestra Señora del Rosario, la talla de la Virgen es devuelta en procesión al templo de Santo Domingo donde se encuentra a culto.

En primer plano aparece la Reina de las Fiestas de aquel año, la coruñesa María Antonia Salorio del Moral, acompañada de sus Damas de Honor Ángeles López Sors, Marta del Valle Salorio, Pirula Rey, Cocó Torres de la Riva, Piluska Martínez, Mercedes Cebrián, Lala Pardo y Carmen Amigo.

María Antonia Salorio fue nombrada Reina de las Fiestas de María Pita el 16 de julio de 1963 y proclamada el 27 siguiente, siendo la segunda joven coruñesa que ocupaba este cargo, creado el año anterior.

La ceremonia de proclamación como Reina de las Fiestas mayores coruñesas, se celebró el citado sábado 27 de julio, con toda bri-

llantez, en un escenario instalado al efecto en la plaza de María Pita.

La imposición de la corona y de la banda la verificó el Teniente Alcalde José Luis Pérez Cepeda, que lo hizo en nombre del titular, acompañado por la Reina saliente, la joven Inés Otero Lastras.

A la conclusión de la ceremonia de proclamación, la nueva Reina y su corte de Honor, se trasladaron al balcón del Palacio Municipal desde donde presenciaron, ante miles de personas, la quema de la falla con la que se iniciaban oficialmente las fiestas de María Pita 1963.

Como era costumbre, la Función del Voto se celebró el primer domingo de agosto, en este caso el día 4, con lo que daba inicio la Semana Grande, siete días en los que se sucedieron todo tipo de actos de carácter popular y cultural, entre ellos la feria taurina y en que la banca cerraba una hora antes de la habitual.

Sin embargo, las fiestas continuaron su peregrinar a lo largo de todo el mes de agosto con un apretado programa de actos, muchos de los cuales contaron con la presencia de la Reina y su corte de Damas de Honor.

Volviendo a la Función del Voto, la imagen de la Virgen era conducida

en procesión hasta la iglesia de San Jorge, donde se renovaba el Voto.

Para ello, la Corporación Municipal, bajo mazas, con el Pendón de la ciudad y escoltados por la Guardia Municipal de gran gala, Heraldos, Timbaleros y Clarineros, la Banda Municipal y los Gigantes y Cabezudos, se trasladaban desde el Palacio de María Pita a la vecina iglesia de San Jorge, donde ya se encontraba la imagen de la Patrona.

Finalizado el acto religioso, la imagen era devuelta, como queda dicho al templo dominicano.

Creemos que esta costumbre pervivió hasta 1974 en que la Función del Voto comenzó a celebrarse en la iglesia conventual de Santo Domingo, como se vino haciendo, anualmente, hasta 2015, en que, con la llegada de los sectarios de la marea al gobierno municipal, se la llevaron por delante en su afán destructivo.

Queda, pues, para la historia esta fotografía tomada aquel lejano domingo 4 de agosto de 1963, cuando La Coruña tenía Reina de las Fiestas y la Corporación Municipal acudía, puntual, a la Función del Voto ante la Patrona.

E.

Hace tan solo unos días, tuvimos ocasión, siempre feliz y placentera, de visitar, una vez más, la noble Ciudad de Betanzos de los Caballeros, donde nos reunimos, unos cuantos amigos, manteniendo las distancias establecidas, alrededor de mesa y mantel.

La deliciosa "Tortilla Española" al estilo betanceiro, una maravilla para el paladar más exigente, se mire como se mire, y una succulenta carne asada, plato también típico en esta antigua Ciudad, todo ello generosamente regado con un buen caldo de la tierra que, dicho sea de paso, nada tiene que ver con aquel otro vino que, años atrás, se criaba en esta tierra, fue el menú que elegimos para aquella gloriosa y gozosa ocasión.

En la comida, estuvimos acompañados de un buen amigo y betanceiro de pro, Lito Vázquez Míguez, que fuera Concejal de Fiestas del Ayuntamiento de Betanzos y promotor de aquel intercambio que, la Comisión Promotora de las Hogueras de San Juan, realizó con la Comisión de Fiestas patronales de San Roque de la ciudad de los caballeros, en el ya lejano año de gracia de 1988.

Como muchas veces escuché decir a Lito Vázquez Míguez, Betanzos hay que vivirlo con los sentidos. Y así lo hicimos, dejándonos llevar por la vista, contemplando

sus empinadas calles, sus plazas y sus vetustos rincones; con el tacto, palpando las viejas piedras, maestras en didáctica histórica con el fin de captar sus encriptados mensajes; escuchando, con atención, sus evocadores y mágicos silencios, perdidos entre callejas empedradas con sabor gremial y oliendo y saboreando su rica gastronomía en cualquiera de los muchos establecimientos abiertos a tal fin.

Tras la comida, en la que brindamos por el Rey, degustada sin prisa, en comunión de amistad y camaradería, en el viejo restaurante "Casanova", otrora buque insignia de los establecimientos de esta especialidad de Betanzos, nos fuimos a recorrer una parte de su mágico casco antiguo.

Ascendiendo lentamente, sin prisa, por la cuesta del Castro, tras rebasar la que fuera Porta da Vila, donde todavía campea el recuerdo de que nos hallamos en una Ciudad de las del Rey, accedimos a la plaza de la Constitución, un lugar de remanso donde el tiempo parece detenerse, trasladándonos a siglos atrás con la simple contemplación de los diferentes monumentos civiles y religiosos que en ella se alzan.

La torre municipal del reloj, avisadora de las vivencias ciudadanas; la iglesia de Santiago, con sus esbeltas agujas que parecen querer clavarse en el cielo; el dieciochesco

Ayuntamiento, obra de Ventura Rodríguez; el Palacio de los Vendedaños; los soportales y graciosas galerías y el modernista edificio que fuera de la Banca Núñez, hoy convertido en una auténtica facultad de grabado gracias a la Fundación CIEC (Centro Internacional de Estampa Contemporánea), con su promotor y mecenas Jesús Núñez Fernández.

Merced a los buenos oficios de Lito Vázquez Míguez, tuvimos ocasión de visitar la magnífica colección de grabados que posee esta Fundación y conocer en persona a su alma mater. Un visita deliciosa que contribuyó, más, si cabe, a alentar nuestros espíritus.

De allí, en veloz recorrido, nos fuimos a Santa María del Azogue, otra de las joyas que, junto a la inmediata de San Francisco y la ya mencionada de Santiago, forman la hermosa trilogía por excelencia del primer gótico gallego.

En el interior de Santa María del Azogue, pudimos recrearnos con la contemplación de las tablas de su altar mayor, aquellas que había robado Eric "el Belga" y que la Policía Española supo recuperar.

Luego, por la Rúa Traviesa, regresamos a la plaza del Campo, majestuosa, con la torre de Santo Domingo presidiéndola y de allí para casa. No hubo más tiempo.

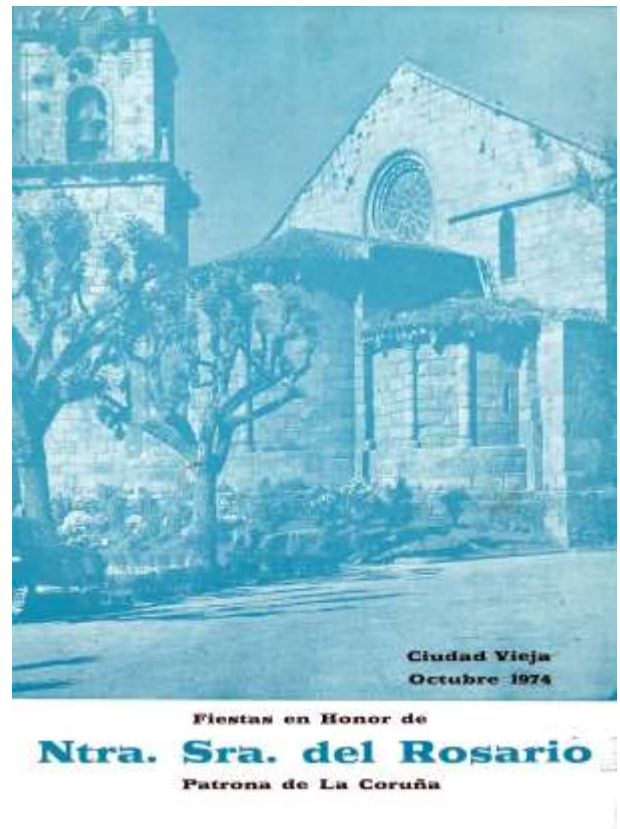
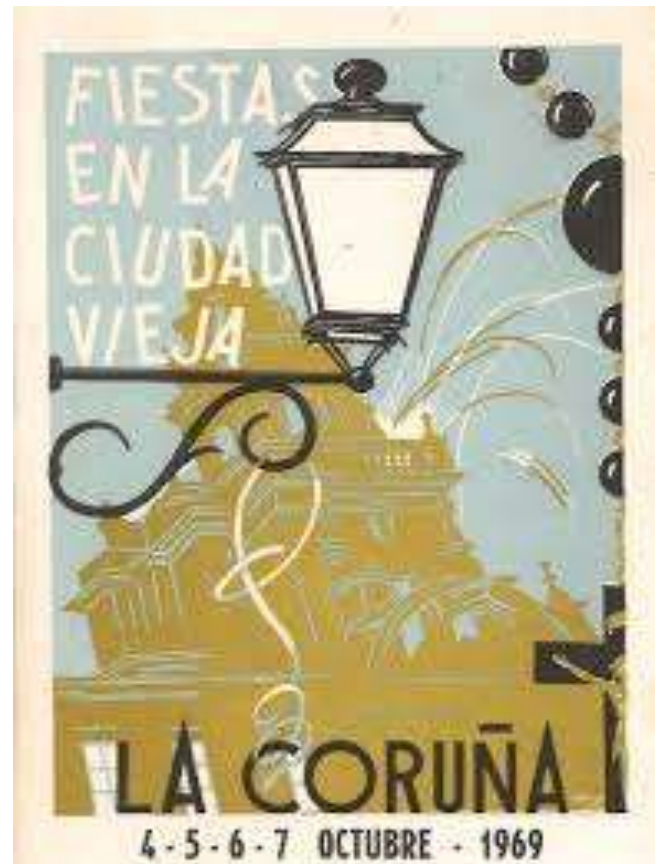
**Eugenio**



*Betanzos*

# Carteles de las fiestas del Rosario

13



Visite nuestro blog:  
<http://meigascoruna.blogspot.com.es/>

Edita:

Sección de Publicaciones y Difusión de la  
Comisión Promotora de las Hogueras de  
San Juan de La Coruña

Nuestra página web:  
[www.hoguerassanjuan.com](http://www.hoguerassanjuan.com)

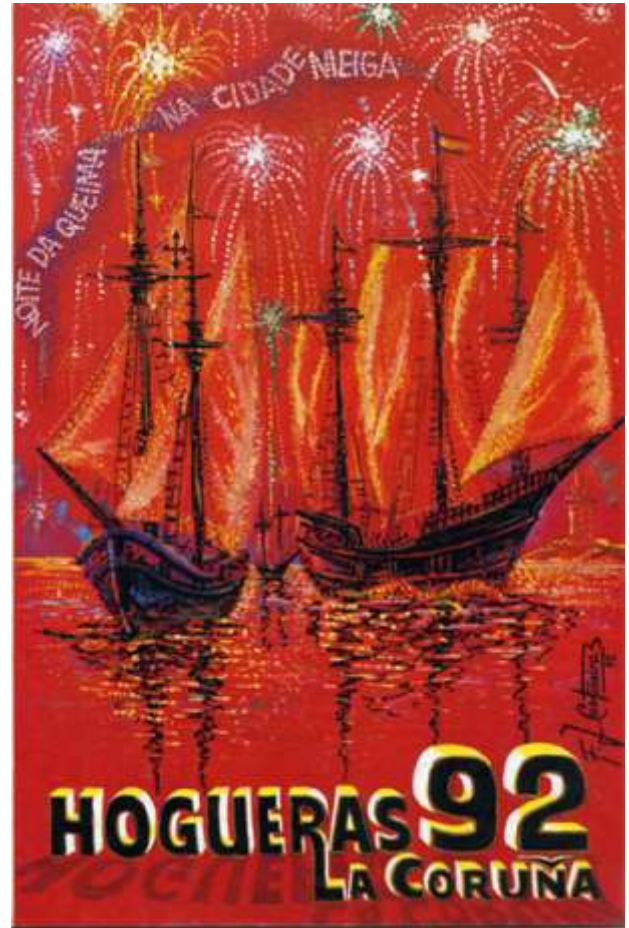
#### UNA MAGNIFICA NOTICIA

Días antes de cerrar esta edición de "Aquelarre", hemos conocido, a través de diferentes medios de comunicación, la decisión adoptada por sus dirigentes, el pasado sábado, día 26 de septiembre, de proceder a la disolución de la Marea.

Una noticia que, sin duda, nos alegra y nos llena de satisfacción por todo el mal que esta formación política nos causó en sus tristes y penosos años de gobierno en el Ayuntamiento coruñés.

No hay duda que, para llegar a este episodio final, es necesario recordar los resultados en las pasadas elecciones autonómicas donde obtuvieron poco más de 2.800 votos, frente a los 408.000 de las anteriores, celebradas en 2015. Un auténtico descalabro.

Lo dijimos muchas veces, ellos perderán el poder, como afortunadamente lo perdieron; ellos se irán, como se están yendo para el bien de todos, y nosotros, pese a todo, seguiremos aquí. Solo nos resta decir aquello de ¡NUNCA MAIS!



Cartel de las HOGUERAS 92  
(Joaquín Castiñeiras)

#### Fiesta de Interés Turístico Internacional

## Participamos de la misma opinión

A preguntas formuladas a responsables de la Asociación de Meigas sobre el inicio de las actividades del Ciclo de Otoño, nos manifiestan que, por el momento, no tienen nada previsto en este sentido, aguardando la evolución de la situación de crisis sanitaria.

Según nos comentan, tiene poco sentido programar una actividad, ya sea musical o alguna de las conferencias previstas, con un aforo limitado y encima exigiendo la utilización de las incómodas mascarillas.

Estamos de acuerdo con ellas y participamos de esa misma opinión, toda vez que las limitaciones serían muchas lo que iría en detrimento de la presencia de público, careciendo de sentido realizar un esfuerzo, tanto económico, como de programación para obtener un resultado muy limitado.

El Ciclo de Otoño, debería abarcar los meses de octubre a diciembre, programando, al menos, un total diez actos entre conferencias y conciertos.

Una buena parte de este programa estaba ya cerrado o en vías de ultimar detalles; sin embargo, la situación actual lo vino a trastocar todo.

De una parte, las limitaciones de aforo ya señaladas, y de otra la falta de marcos para la celebración de estas actividades cuyo acceso, a día de hoy, se encuentra restringido lo que hace inviable el proyecto desde todos los puntos de vista.

Apoyamos la decisión de las Meigas de aparcar, al menos de momento, este Ciclo a la espera de que vengan tiempos mejores y se puedan reanudar, finalmente, las actividades.

